

Lafcadio Hearn

EL NIÑO QUE DIBUJABA GATOS

Y OTROS CUENTOS JAPONESES



El niño que dibujaba gatos, relato que da título a esta colección de cuentos japoneses, nos narra la aventura nocturna de un joven estudiante cuya afición al dibujo es causa de castigo, pero que resulta finalmente un arma poderosa para vencer a un ser malvado. Lafcadio Hearn encontró en el Japón la calidez humana que había estado buscando durante toda su vida. Por eso cambió su nombre, se casó con la hija de un samurái y no volvió jamás a salir del archipiélago. La escritora americana Pearl S. Buck (premio Nobel de literatura, 1938), explica: «Cuando estuve en el Japón, no hace mucho, un anciano japonés que lo había conocido me habló de él. Había sido su discípulo en la Universidad, bastante tiempo atrás. “Fue un profesor amable y querido”, me dijo. Estoy segura de que así es como a Lafcadio Hearn le gustaría ser recordado. Estoy segura de que es lo que le gustaría que opinases al leer estos cuentos».

Nota del editor

Para la edición de esta colección de cuentos japoneses, se han utilizado las versiones de los cuentos recogidos en *Japanese Fairy Tales*^[1] y en *The Boy Who Drew Cats*^[2]. El primero de estos volúmenes consta de veinte cuentos y el segundo de siete, de los cuales dos no figuraban en aquel y otro, *Urashima*, aparecía en una versión diferente. Esto da un total de veintitrés cuentos. Ahora bien, en la primera de estas obras se advierte que «las versiones de los primeros cuatro cuentos son de Lafcadio Hearn. Los otros son de Grace James, Profesor Basil Hall Chamberlain y otros». Por tanto, en nuestra edición podemos afirmar que los siete primeros cuentos son de la pluma de Lafcadio Hearn. La autoría de los restantes es incierta.

1

El niño que dibujaba gatos

Hace mucho, mucho tiempo, en una pequeña aldea del Japón, vivían un pobre granjero y su mujer, los cuales eran muy buenas personas. Tenían muchos hijos y les resultaba muy difícil alimentarlos a todos. El mayor de ellos, al cumplir catorce años, ya era suficientemente fuerte para trabajar con su padre; y las niñas aprendieron a ayudar a su madre casi desde que comenzaron a andar.

Pero el más pequeños de todos, que también era un niño, no parecía servir para el trabajo duro. Era muy listo, más listo que todos sus hermanos y hermanas, pero era pequeño y débil, y la gente decía que no crecería mucho más. Por eso sus padres pensaron que lo mejor para él sería que se hiciera sacerdote en lugar de granjero. Un día lo llevaron al templo de la aldea y pidieron al anciano y bondadoso sacerdote que allí vivía que aceptara al chico como su acólito y le enseñase todo lo que un sacerdote debe saber.

El anciano se dirigió amablemente al muchacho y le hizo algunas preguntas difíciles. Tan inteligentes fueron sus respuestas que el sacerdote aceptó acoger al pequeño en el templo como su acólito y educarlo para hacerse sacerdote.

El niño aprendía rápido lo que el viejo le enseñaba y era muy obediente casi siempre. Pero tenía un defecto. Le gustaba dibujar gatos durante las horas de estudio, y dibujarlos, además, en lugares donde no se deben dibujar gatos.

Cada vez que se encontraba solo, dibujaba gatos. Los dibujaba en los márgenes de los libros del sacerdote, y en todos los biombos del templo, y en las paredes, y en las columnas. Varias veces el sacerdote le dijo que aquello no estaba bien, pero él no paró de dibujar gatos. Lo cierto es que dibujaba porque no podía evitarlo. Tenía lo que se llama «el genio de un artista», y por esa razón no encajaba con la vida de acólito: un buen acólito debe de estudiar libros.

Cierto día, tras haber dibujado algunos cuadros estupendos de gatos en una pantalla de papel, el anciano sacerdote le dijo: «Hijo mío, debes marcharte de este templo. Nunca serás un buen sacerdote, pero tal vez llegues a convertirte en una gran artista. Ahora déjame darte un último consejo, y asegúrate de no olvidarlo nunca: Evita los grandes espacios de noche; quédate en los pequeños».

El niño no entendía lo que el sacerdote quería decir con la frase: «Evita los espacios grandes; quédate en los pequeños». Pensó y pensó, mientras hacía un hatillo con sus ropas para marcharse, pero no conseguía comprender esas palabras y temía hablar de nuevo con el sacerdote para otra cosa que no fuera decirle adiós.

Partió del templo muy triste y comenzó a preguntarse qué debía hacer ahora. Si volvía directamente con su familia estaba seguro de que su padre lo castigaría por haber sido desobediente con el sacerdote; así que tuvo miedo de regresar a casa.

De repente recordó que en la siguiente aldea, a doce millas de distancia, existía un templo muy grande. Había oído que vivían varios sacerdotes en aquel templo, y decidió dirigirse allí y pedirles que lo admitieran como su acólito.

El templo se encontraba cerrado, pero el niño desconocía este hecho. La razón del cierre era que un duende había espantado a los sacerdotes y se había apoderado del lugar. Algunos bravos guerreros habían acudido al templo de noche para matar al duende, pero nunca habían vuelto a ser

vistos con vida. Nadie le había contado al niño nunca estas cosas, así que se dirigió caminando hasta la aldea con la esperanza de ser tratado amablemente por los sacerdotes.

Cuando llegó al lugar ya era de noche y la gente se había acostado, pero vio el gran templo en una colina, al otro extremo de la calle principal, y distinguió una luz en su interior. La gente que cuenta esta historia asegura que el duende solía encender aquella luz para atraer a los viajeros solitarios que buscaban cobijo. El niño se encaminó directamente al templo y llamó a la puerta. Dentro no se oía nada. Llamó y llamó, pero seguía sin aparecer nadie. Finalmente empujó con suavidad la puerta y comprobó con alegría que no estaba cerrada con llave. Entonces entró y vio la llama de una lámpara, pero sacerdotes, no.

Pensó que alguien aparecería pronto y se sentó a esperar. Notó que todo el templo estaba gris de polvo y plagado de telarañas, así que pensó que a los sacerdotes les gustaría sin duda tener un acólito que mantuviera limpio el templo.

Se preguntó por qué habían permitido que todo se llenara tanto de polvo. Lo que más le gustó, sin embargo, fueron unos grandes biombos blancos, muy apropiados para pintar gatos en ellos. A pesar del cansancio, buscó un plumier por algún lado, y encontró uno y algo de tinta; y comenzó a pintar gatos.

Pintó sobre las pantallas grandes cantidades de gatos, y, entonces, comenzó a sentir mucho, mucho sueño. Estaba a punto de tumbarse a dormir junto a uno de los biombos cuando recordó las palabras: «Evita grandes espacios; quédate en los pequeños».

El templo era muy grande, él estaba completamente solo, y cuando se acordó de aquellas palabras —aún cuando no las entendiera muy bien— empezó a sentir por primera vez un poco de miedo. Y resolvió buscar un «espacio pequeño» para dormir. Encontró un pequeño armario con

puerta corredera y se metió dentro, encerrándose. A continuación se tumbó y cayó dormido.

A altas horas de la noche lo despertó el ruido más terrible: un ruido de lucha y chillidos. Era tan horrible que temía incluso mirar a través de una rendija del pequeño armario. Se mantuvo tumbado, muy rígido, aguantando la respiración por el miedo.

La luz que había en el templo se apagó, pero los terribles ruidos continuaron y fueron aumentando hasta que, de repente, todo el templo tembló. Tras un largo rato llegó el silencio, pero el niño seguía teniendo miedo de moverse. No lo hizo hasta que la luz del sol de la mañana brilló a través de los resquicios de la puerta del armario.

Entonces el niño salió de su escondite cautelosamente y miró a su alrededor. La primera cosa que vio fue que todo el suelo del templo estaba cubierto de sangre. Y luego, que en el medio yacía muerta una rata enorme, monstruosa —una rata duende— ¡más grande que una vaca!

¿Pero qué o quién la había podido matar? No se veía hombre ni criatura alguna. Entonces el niño observó que las bocas de todos los gatos que había dibujado la noche anterior estaban rojas y mojadas de sangre. En ese momento supo que el duende había sido muerto por los gatos que él había dibujado. Y también entonces por primera vez, entendió el sabio consejo que el anciano sacerdote le había dado: «Evita grandes espacios de noche; quédate en los pequeños».

Después de aquello, el niño se convirtió en un artista muy famoso. Algunos de sus dibujos de gatos todavía se muestran hoy a los viajeros en el Japón.

2

La fuente de la juventud

Hace mucho, mucho tiempo, en algún lugar de las montañas vivía un leñador con su mujer. Los dos eran muy mayores y no tenían hijos. Cada día, el marido marchaba al bosque para cortar leña, mientras la mujer se quedaba en casa tejiendo.

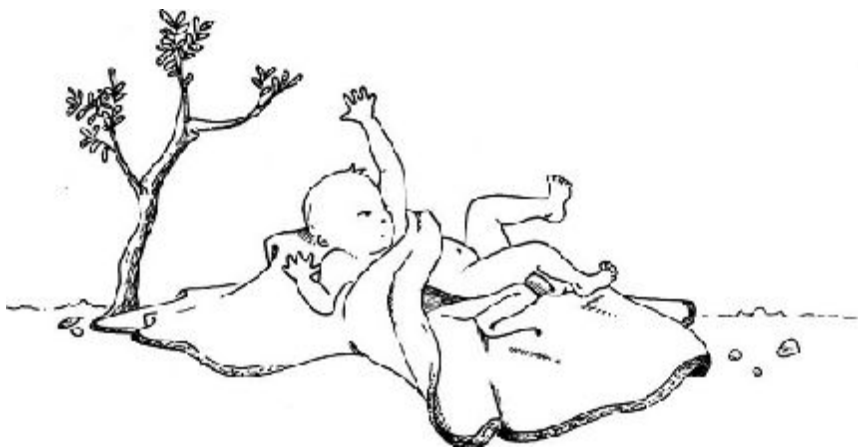
Un día, el anciano penetró en el bosque más allá de lo habitual, buscando un tipo especial de madera, e inesperadamente se encontró en la orilla de un pequeño arroyo que no había visto nunca antes. El agua estaba extrañamente clara y fría, y como tenía sed puesto que el día era caluroso y había estado trabajando duramente, se quitó su gran sombrero de paja, se arrodilló y dio un largo trago. El agua parecía refrescarlo de la forma más extraordinaria.

Entonces vio su rostro reflejado en el agua, y retrocedió de un salto. Era ciertamente su propia cara, pero no como estaba acostumbrado a verla en el viejo espejo de casa. ¡Era la cara de un joven! No podía dar crédito a sus ojos.

Alzó las manos a su cabeza, que hasta hacía un momento se encontraba dominada por una gran calva. Ahora estaba cubierta de una fuerte cabellera negra. También su cara se había vuelto suave como la de un niño; cada arruga había desaparecido.

Al mismo tiempo se sintió lleno de una nueva fortaleza. Echó un vistazo a sus muslos, que hacía mucho que se ha-

bían debilitado con la edad, y encontró que ahora estaban formados y duros, con jóvenes y densos músculos.



Sin saberlo, había bebido de la Fuente de la Juventud, y ese trago lo había transformado.

Primero se puso a saltar y a dar gritos de alegría, luego corrió a su casa más rápido de lo que había corrido nunca en su vida. Cuando entró en su hogar, su mujer se asustó, pues lo confundió con un extraño, y cuando le contó el milagro, ella no podía terminar de creérselo.

Transcurrió un rato hasta que consiguió convencerla de que el joven que ahora veía ante ella era realmente su marido. Le indicó el lugar donde se encontraba el arroyo y le pidió que lo acompañara hasta allí.

Entonces ella le respondió: «Te has vuelto tan guapo y tan joven que no puedes seguir amando a una vieja, por lo que iré y beberé de esa agua inmediatamente. Pero si vamos juntos, dejaremos la casa abandonada. Tu esperarás aquí mientras yo voy». Y marchó al bosque ella sola.

Encontró el arroyo, se arrodilló y comenzó a beber. ¡Oh. Qué fría y dulce era aquella agua! Bebió y bebió y bebió; paró, sólo para tomar aliento, y volvió a beber.

Su marido la aguardaba impaciente. Esperaba verla regresar convertida en una esbelta y preciosa joven. Pero ella

no volvía. Comenzó a preocuparse, cerró la casa con llave y se marchó a buscarla.

Llegó al arroyo, pero no la encontró. Estaba a punto de volver cuando oyó un leve llanto entre la hierba alta de la orilla. Buscó por allí y descubrió las ropas de su mujer y a un bebé, un pequeño bebé, de no más de seis meses de edad.

Como la anciana había bebido demasiada agua del arroyo mágico, había rejuvenecido más allá de la juventud hasta la edad de un bebé que todavía no sabía hablar.

Él cogió el bebé en brazos, lo miró con tristeza y perplejidad, y, mientras lo arrullaba, se lo llevó a casa con la cabeza llena de melancólicos y extraños pensamientos.

3

La gratitud del Samebito

Había una vez un hombre llamado Tawaraya Totaro, que vivía en la provincia de Omi. Su casa estaba situada a la orilla del lago Biwa, no lejos del famoso templo llamado Ishiyamadera. Tenía algunas propiedades y vivía con comodidad, pero a la edad de veintinueve años todavía estaba soltero. Su gran ambición era casarse con una mujer muy bella; sin embargo todavía no había encontrado ninguna que le gustara.

Un día, cuando estaba cruzando el Puente Largo de Setta, vio a un extraño ser acurrucado junto a la barandilla. El cuerpo de este ser se parecía al de un hombre, pero era negro como la tinta. Su cara era como la cara del demonio; sus ojos verdes como esmeraldas, su barba como la barba de un dragón. Al principio, Totaro se asustó mucho. Pero los ojos verdes lo miraban de una manera tan amable, que tras un momento de incertidumbre, se atrevió a interrogar a la criatura.

Esta le contestó diciendo:

—Soy un Samebito, un hombre tiburón del mar, y hasta hace poco tiempo me encontraba al servicio de los Ocho Grandes Reyes Dragón, como oficial subordinado, en el Palacio Dragón. Pero por culpa de una pequeña falta que cometí, he sido despedido del Palacio Dragón, y también expulsado del mar. Desde entonces he estado vagando por ahí, intentando conseguir comida o un lugar para descan-

sar. Si ere capaz de sentir alguna pena por mí, ayúdame, te lo ruego, a encontrar cobijo y algo de comer.

Esta petición fue dicha en tono tan lastimero y de una manera tan humilde, que llegó al corazón de Totaro.

—Ven conmigo —le dijo—. Hay en mi jardín un estanque grande y profundo donde puedes quedarte a vivir todo el tiempo que quieras. Y te daré comida de sobra.

Desde entonces, durante casi medio año, este extraño invitado habitó en el estanque, y para comer, Totaro le facilitaba el tipo de comida que les gusta a las criaturas marinas.



Entonces, al séptimo mes de aquel mismo año, llegó una peregrinación femenina al gran templo budista llamado Miidera, en la vecina ciudad de Otsu, y Totaro fue a Otsu para participar en la fiesta. Entre la multitud de mujeres y

niñas allí reunidas, observó a una persona de extraordinaria belleza. Aparentaba dieciséis años de edad. Tenía el rostro más blanco y puro que la nieve. La belleza de sus labios prometía que cualquier palabra que saliese de ellos sonaría «tan dulce como la voz de un ruiseñor cantando sobre un ciruelo».

Totaro se enamoró a primera vista. Cuando ella salió del templo, la siguió a una respetable distancia, y descubrió que ella y su madre estaban alojadas durante varios días en cierta casa de la vecina aldea de Seta. Preguntando a algunos lugareños, descubrió también que su nombre era Tamana, que estaba soltera y que su familia no deseaba que se casara con un hombre corriente, ya que querían recibir como regalo de petición de mano un cofre conteniendo diez mil piedras preciosas.

Totaro volvió a su casa muy desalentado por la información. Cuanto más pensaba en el extraño regalo que querían los padres de la chica, más se convencía de que nunca conseguiría casarse con ella. Incluso suponiendo que existieran diez mil brillantes en todo el país, sólo un gran príncipe podría tener la esperanza de conseguirlos.

Pero Totaro no conseguía borrar de su cabeza el recuerdo de aquel hermoso ser. Lo obsesionaba de tal manera, que no era capaz de comer ni de dormir. Y el recuerdo se volvía más intenso cada día. Hasta que finalmente cayó enfermo, tan enfermo que ni siquiera podía levantar la cabeza de la almohada. Entonces hizo llamar al médico.

El médico, tras examinarlo cuidadosamente, dejó escapar una exclamación de sorpresa: «Casi todas las enfermedades pueden curarse con un tratamiento médico adecuado, excepto la enfermedad del amor. No hay cura para ella. En tiempos antiguos, Roya-O Hakuyo murió de esta enfermedad, y tú debes prepararte también para morir». Dicho esto, el médico se marchó sin dar a Totaro siquiera una medicina.

Por esa época, el hombre tiburón que vivía en el estanque del jardín oyó de la enfermedad de su señor, y entró en la casa para presentar a Totaro sus respetos. Y comenzó a cuidarlo con gran afecto día y noche. Pero no supo ni la causa ni la seria naturaleza de su enfermedad hasta casi una semana después, cuando Totaro, pensando que se moría, pronunció estas palabras de despedida:

«Me imagino que he tenido el placer de cuidar de ti durante este tiempo porque entre nosotros ha existido alguna relación en una vida anterior. Pero ahora estoy verdaderamente muy enfermo, y cada día mi enfermedad empeora; y mi vida es como el rocío de la mañana, que muere antes de la puesta del sol. Sin embargo, estoy preocupado por ti. Tu existencia ha dependido de mi cuidado, y temo que nadie te cuide y te alimente cuando yo me muera... ¡Mi pobre amigo!... ¡Ay!, ¡nuestras esperanzas y nuestros deseos nos son siempre negados en este mundo infeliz!».

Nada más acabar Totaro de decir estas palabras, el Smebito dejó escapar un desgarrado grito de dolor, y comenzó a llorar amargamente. Y mientras lloraba, grandes lágrimas de sangre salían de sus verdes ojos, y rodaban por sus mejillas negras hasta caer al suelo. Y al caer eran sangre, pero ya en el suelo, se hacían duras, brillantes y hermosas; se convertían en joyas de inestimable precio, espléndidos rubíes como fuego carmesí. Pues cuando los hombres marinos lloran, sus lágrimas se convierten en piedras preciosas.

Al contemplar esa maravilla, Totaro se quedó tan admirado y lleno de alegría que recuperó las fuerzas. Saltó de la cama y comenzó a recoger y contar las lágrimas del hombre tiburón, mientras gritaba: «¡Estoy curado! ¡Voy a vivir! ¡Voy a vivir!».

Entonces el hombre tiburón, totalmente sorprendido, cesó de llorar y pidió a Totaro que le explicara su mágica curación. Totaro le habló de la joven que había visto en Mii-

dera, y del extraordinario regalo de boda que su familia pretendía recibir.

—Como estaba seguro —añadió Totaro—, de que nunca podría conseguir diez mil joyas, y de que mi pretensión de pedir su mano no tenía posibilidad alguna, me entró una gran tristeza y acabé por caer enfermo. Pero ahora, gracias a tu llanto generoso, tengo muchas piedras preciosas, y creo que conseguiré casarme con esa muchacha. Lo malo es que todavía no hay piedras suficientes. Te ruego que tengas la bondad de llorar un poco más, para completar la totalidad de las piedras necesarias.

Pero ante esta petición, el Samebito movió la cabeza y respondió en un tono de sorpresa y reproche:

—¿Te crees que soy capaz de llorar cuando quiero? ¡Oh, no! Las criaturas del mar no podemos llorar si no nos sentimos verdaderamente tristes. He llorado por ti a causa de la verdadera pena que sentía en mi corazón al creer que te estabas muriendo. Pero ahora que me has dicho que ya estás curado, ya no puedo llorar más por ti.

—¿Entonces qué puedo hacer? —preguntó Totaro lastimeramente—. A no ser que consiga diez mil joyas, no me casaré con la muchacha.

El Samebito guardó silencio por un momento, como si pensara. Luego dijo:

—¡Escucha! Hoy ya no puedo llorar más. Pero mañana vayamos juntos al Puente Largo de Seta, llevando con nosotros vino y pescado. Podemos descansar un rato en el puente, y mientras nos bebemos el vino y comemos el pescado, yo miraré hacia el Palacio Dragón, recordando los días felices que pasé allí para intentar sentirme triste echándolos de menos, y así podré llorar.

Totaro aceptó con alegría.

A la mañana siguiente, llevando gran cantidad de vino y pescado, ambos se dirigieron al Puente de Seta, y allí celebraron su festín. Después de beber mucho vino, el Samebito comenzó a dirigir su mirada en la dirección del Reino